

EL COLAPSO DEL COMUNISMO Y LA TAREA IDEOLOGICA DEMOCRATICA

Luis Eduardo Hoyos*

Pocos fenómenos ocasionan tanta perplejidad como el de la acción que ejercen las ideologías en el comportamiento humano. Unas veces lo moldean por completo conduciendo a los hombres de modo incontenible a actuar sin conciencia contra los más elementales principios de la supervivencia; otras veces no pueden más que aparecer como débiles disfraces detrás de los cuales se ocultan motivos mucho más poderosos de la acción humana, motivos que la determinan con más fuerza y perdurabilidad que las de cualquier convicción política o religiosa.

Ejemplo histórico de lo primero es el descabro moral y material al que fue conducido el pueblo alemán por acción de la descabellada ideología nazi hace apenas medio siglo, o el suicidio colectivo al que fue instigado recientemente el pueblo irakí bajo el influjo de un hipertrofiado entusiasmo anti-imperialista y antisionista. Ejemplo de lo segundo es el ruinoso colapso de los sistemas socialistas, en los que la incesante manipulación ideológica y los esfuerzos por reeducar a los ciudadanos mediante agobiantes, y en no pocas ocasiones también criminales, revoluciones culturales no fueron lo suficientemente poderosos para mantener oculto por más tiempo el hecho de que lo que mantenía vivo al así llamado socia-

lismo realmente existente no era más que el férreo control fronterizo con Occidente y la prepotencia militar.

Como es de todos sabido, bastó tan sólo cortar el alambre de púas que separaba a Hungría de la Europa occidental para que se precipitara un proceso de masas que, en menos de un año, dio fin a la mayoría de regímenes este-europeos fundados en el monopolio del poder por parte de un partido (minoritario en la mayoría de los casos, por lo demás), y en la centralización económica estatal. ¿Por qué décadas de incansable reeducación de los individuos no pudieron contener un fenómeno de masas motivado al principio por el simple deseo de viajar a Occidente, pero que en muy breve tiempo devino en el derrumbamiento del mundo socialista?

Sigue siendo aún difícil de creer aunque se trate de una realidad palmaria: lo único que garantizaba la existencia de los regímenes socialistas era un muro y un alambrado de púas. La destrucción del cerco que dividía a Europa significó al mismo tiempo la caída de los mencionados regímenes, porque la apertura de fronteras hacia Occidente les hizo perder toda legitimidad. La lógica de los acontecimientos que precipitaron el colapso del mundo socialis-

* Filósofo, en la actualidad cursa estudios de doctorado en la Universidad de Göttingen, Alemania.

ta en los últimos tres años parece ser, pues, tan sencilla como esto: sistemas políticos que fundaron su razón de ser en su carácter cerrado y autoritario no requirieron sino del aflojamiento del control policivo e ideológico sobre la acción y la conciencia individuales, para ver internamente cuestionada su legitimidad, o mejor, para dar ocasión de mostrar que no les asistía legitimidad alguna.

Un fenómeno de masas de las proporciones que tuvo la **revolución de otoño** de 1989 en la antigua República Democrática Alemana (RDA) no puede ser explicado, claro está, como el simple resultado de la pérdida de legitimidad de una dictadura. Intimamente vinculado al fracaso del proyecto político socialista se halla el ostensible hecho de la ineficiencia económica, la realidad cotidiana de la inoperancia administrativa y el sistema elitista de privilegios que hizo a los individuos dependientes de una estructura vertical y arbitraria de autoridad, hasta el punto de llegarse a creer que el nuevo hombre del socialismo no era más que el miserable espectáculo humano medroso y lisonjero que ofrecían los primeros refugiados este-alemanes que pudieron llegar, después de arriesgar la vida, a Alemania Occidental en el verano del mismo año 1989.

Cualquiera que sea la respuesta a la pregunta arriba planteada, no hay ninguna duda de que la caída de los regímenes socialistas es uno de los fenómenos del siglo XX del que más enseñanza deben extraer políticos, economistas e intelectuales (quizá también guerrilleros). Una de las más apremiantes tareas de nuestro tiempo es, efectivamente, la de confrontarse con este fundamental acontecimiento para intentar aclararlo o, cuando menos, para testimoniar hasta qué punto él ha producido ya, y seguirá produciendo por mucho tiempo, una ruptura en el sistema de creencias e ideologías que ha regido al mundo moderno en los últimos cincuenta años. Este apunte no pretende ser más, en el fondo, que una muestra de la pérdida de ubicación intelectual y la perplejidad que, a su vez, tal ruptura debe provocar, según creo, en la mente liberada de dogmas e interesada en el mejoramiento de la vida en comunidad.

Lo primero, y a la vez lo más descuidado hasta ahora, que enseña la desaparición del socialismo en Europa oriental es la forma relativamente pacífica como se fueron imponiendo los movimientos democráticos que propugnaban por el cambio. Polonia, Hungría, la RDA, Checoslovaquia son ejemplos de esa transición no violenta. La independencia de los países bálticos también puede sumarse a esta lista, pese a los trágicos incidentes en Lituania en enero de 1991, cuando el aún existente Ejército Rojo arremetió contra los manifestantes separatistas, Gorbachov condenó severamente el desmán, como se sabe. Lo mismo no se puede decir de Rumania ni de lo que está ocurriendo (y está por ocurrir) en algunas de las repúblicas de la antigua Unión Soviética. La crisis yugoslava, antigua y complicada por factores étnico-religiosos, tiene bastante que ver con todo lo ocurrido en la Europa oriental, toda vez que lo que en el fondo animaba las pretensiones independentistas de croatas y eslovenos era la incapacidad del poder central serbio de romper con el anquilosado stalinismo y de sumarse a la nueva ola de cambios. Con todo y esto, creo que es digno de notarse que por lo menos el cambio de mando se dio en muchos países socialistas sin violencia, lo cual no sólo es aleccionador de cara a la historia humana en general, sino también a la historia del despotismo socialista en particular, el cual ya nos había acostumbrado al método Breznev para resolver crisis políticas.

No es justo que se haya olvidado tan rápido, o incluso se haya pasado por alto, que los movimientos de masas del otoño de 1989 en la RDA y en Checoslovaquia hubieran podido terminar en un baño de sangre mayor que el de la plaza Tiananmen en Pekín. Y no es justo por dos razones: la primera, porque eso implica desconocer el mérito de la política de paz y de distensión de Mijail Gorbachov, una persona que podría explicar a muchos líderes occidentales cómo debe comportarse un verdadero demócrata aunque, paradójicamente y no por su culpa, no sepa bien lo que es una democracia. La segunda razón, porque no es conveniente olvidar que, en contra de muchos puntos de vista dogmáticos, sí es posible lograr el cambio

de una sociedad anquilosada por medios pacíficos. ¿Cuántas sociedades latinoamericanas no quisieran ver, por ejemplo, una verdadera transformación de sus escleróticos sistemas de organización mediante algo así como una renovación del contrato social y la censura contra sus corruptas y arbitrarias clases dirigentes? Que estas últimas se retirarían del poder sin provocar masacres es, por supuesto, algo bastante dudoso.

Aunque el aspecto mencionado es importante y no debe ser olvidado, creo que no es de ninguna manera el más importante de todos ni tampoco aquél del que deben extraerse las mayores lecciones. El derrumbamiento del comunismo soviético ha planteado, a mi modo de ver, una cuestión que atañe directamente a nuestra actual cultura de masas. Se trata del asunto de si hay una necesaria conexión entre totalitarismo político y estatización económica. Ahora bien, este problema no sería tan apremiante si a la vez no condujera al cuestionamiento de una también presumiblemente necesaria conexión entre economía de mercado o, en general, capitalismo (palabra más difícil de manejar de lo que el marxismo siempre ha creído), y democracia política y social. En lo que sigue no se intentará dar solución a este doble interrogante sino que se procurará, más bien, presentar algunos de los aspectos que a mi modo de ver caracterizan la base ideológica de la sugerida polaridad.

I. STALIN Y TORQUEMADA

En la tarea de responder a estas dos cuestiones complementarias pueden ponerse, una frente a la otra, dos concepciones ideológicas antagónicas que se caracterizan por representar puntos de vista de algún modo canonizados oficialmente, y por no proponerse en modo alguno el replanteamiento de los principios sobre los que se basan. Ambas posturas intentan, antes bien, acomodar a la fuerza, a dichos principios lo que ha ocurrido en los últimos años. La primera posición es aquella que responde con un "no" a la sugerencia de una necesaria relación entre totalitarismo político y

control estatal económico. Una coordinación entre democracia política y socialismo (si bien con rostro humano, según la fórmula de Dubzeck en la **Primavera de Praga** de 1968) sería para este punto de vista, en consecuencia, perfectamente posible. La segunda posición afirma radicalmente que la estatización económica y la democracia política se excluyen por definición. Este punto de vista está siendo hoy principalmente defendido desde las esferas de poder del mundo occidental con la arrogancia y el triunfalismo que les ha brindado lo que ellas han interpretado como "victoria" en la guerra fría; con lo cual se ha olvidado, por supuesto, que algo como la llamada guerra fría ni se gana ni se pierde sino que se acaba, porque ésta consistió fundamentalmente en un estado de paz armada y de tensión nuclear.

La primera postura, que se puede llamar **socialista democrática**, no es hoy en día tan dominante como la segunda porque por lo regular está siendo defendida por intelectuales y políticos de la escena marxista, quienes no saben cómo justificar que una a una vayan cayendo falseadas las profecías de Marx sobre la evolución histórica. En el Este de Europa se trata de la antigua oficialidad socialista que ha entrado a competir sin éxito, como se esperaba, con otros partidos, y en Occidente, de los ya de por sí poco influyentes partidos de izquierda. Con todo, dado que el mundo capitalista parece estar muy lejos de hallar una fórmula para resolver su permanente tendencia a la crisis, y la desigualdad social sigue siendo hoy en día la fuente de donde la ideología de izquierda saca la justificación moral para agitar la panacea del cambio social radical y de la creación del nuevo orden del hombre nuevo, es de esperarse algo así como un reencauchamiento de la doctrina marxista. El fenómeno ya se está viendo. Algunos representantes del socialismo democrático occidental han señalado que no se trata de nada nuevo, ya que ellos venían pronunciándose desde hace tiempo por igual en contra del comunismo soviético y del orden capitalista dominante.

Hace unos meses sostenía en la televisión alemana el intelectual de izquierda Ernst Mandel (acérrimo crítico del stalinismo) que lo ocu-

rrido en los países socialistas podía ser comparado con lo que le aconteció al cristianismo en la Edad Media: la institución de la Iglesia se sobrepasó en el ejercicio del poder y cometió desmanes que no pueden considerarse en sí mismos como consecuencia de la doctrina cristiana. Estos desmanes han de ser vistos, antes bien, como totalmente contrarios al espíritu moral originario de tal doctrina. El stalinismo soviético sería, de acuerdo con este símil, una aberración institucionalizada de la doctrina marxista original. Del mismo modo como no se puede decir que la Inquisición fuera algo esencialmente cristiano, así mismo sería bastante cuestionable, si no falso, afirmar que el Gulag fuera compatible con el espíritu del marxismo.

La tesis es harto conocida. El trotskismo viene insistiendo en ella desde hace años. El mismo Gorbachov, en una columna publicada en febrero de este año en el diario francés *Liberation*, califica el stalinismo de "herético" y sostiene que el socialismo no ha muerto sino que lo que colapsó en la Unión Soviética fue un sistema totalitario que desdeñó los derechos humanos, las necesidades fundamentales de los hombres y traicionó la esencia humanista del ideal socialista. Según Gorbachov, el ideal socialista vive todavía. Forma parte de él "la búsqueda de otros modelos, la necesidad de experimentar para hallar otros modos de vida". Muchas naciones en el mundo entero estarían a la busca de este nuevo modo de vida semejante al originariamente propuesto por la ideología socialista, y en el cual los principios de la democracia y la humanidad deben tener prioridad. "La verdad —dice el exlíder soviético— es que tanto en el este como en el oeste nos dirigimos hacia una nueva forma de la civilización. Sucede como si diversas fuerzas desde diferentes partes del mundo se dirigieran hacia una meta que se asemeja al ideal socialista".

Pese al timbre bien intencionado de este punto de vista socialista democrático, ha de reconocerse que éste es más problemático y difícil de aceptar de lo que en primera instancia parece. Ante todo debe llamarse la atención sobre el hecho de que los crímenes cometidos por la Iglesia Católica en la edad media y el Renaci-

miento no se debieron a una traición de los ideales cristianos, sino fundamentalmente a que se ejerció poder e impartió justicia en nombre de la verdad. No quiero decir con esto que la Inquisición no deba ser considerada como una aberración de los principios éticos que animan la doctrina cristiana. Lo que sostengo es que la aberración consiste en aferrarse dogmáticamente a unos ideales presuntamente iluminados por la única verdad posible y en proyectarlos sobre la acción ética y política. ¿Quién duda de que Torquemada actuó en lo fundamental de buena fe, es decir, convencido de que hacía lo mejor para los hombres? Si se está absolutamente convencido de la bondad de un ideal determinado o del carácter incuestionablemente verdadero de una doctrina y no se encuentra en los hombres un clima favorable para su aceptación, o incluso resistencia, es de esperarse que de allí surja algo desastroso que puede ir desde el compasivo desprecio de San Pablo hacia los griegos por no poder aceptar que hubiera un único Dios que predicaba el amor, hasta los crímenes de Torquemada. Entre uno y otro hay, ciertamente, una notable diferencia: el primero no poseía los medios políticos, es decir, el poder para llevar a los hombres por la fuerza a la verdad; el segundo sí. Pero en el fondo ambos comparten la misma aberración: el dogmatismo.

Cuenta una leyenda que en su lucha contra los valdenses en la edad media tardía, un militar inquisidor tenía sitiado un pueblo del sur de Francia. Al dar la orden de arrasar el poblado y exterminar a todos sus habitantes, uno de sus lugartenientes le sugirió: "Excelencia, sabemos de buena fuente que no todas las personas que habitan ese lugar son herejes". "No importa —respondió el salvador de almas—, matadlos a todos que Dios reconocerá a los suyos".

No es buen argumento sostener que siempre ha habido, desgraciadamente, casos de abuso del poder. No podemos decir a ciencia cierta cuáles son las recónditas razones por las cuales los hombres siempre han abusado del poder. Si bien no es posible, en consecuencia, afirmar que el específico caso de abuso de poder que fue la Inquisición emana de los principios del cristianismo, sí parece, en cambio,

muy plausible sostener que hay un lazo que une directa y consecuentemente el crimen político (y no sólo el basado en el abuso del poder) con la seguridad que brinda al detentador o pretendiente del poder, el mesianismo, el fundamentalismo, en fin, la posesión de la verdad.

Según esto, habría que responderle al trotskista que la caída del socialismo soviético no es la caída de algo brutal, ajeno por completo a las enseñanzas humanistas del gestor de la dudosa **cuarta internacional**, sino de algo sí brutal, pero cuya brutalidad puede ser reconocida como una sucesión directa y consecuente que va desde el momento en que Trotski dio la orden de asesinar al primer campesino **blanco**, o quizás un poco antes, hasta la intervención en Afganistán, pasando por los horrendos genocidios de José Stalin. A Gorbachov, por su parte, habría que disuadirlo de seguir utilizando mal los términos metafóricos del símil entre doctrina socialista y cristianismo, pues él parece olvidar que no eran los herejes los que representaban la institución sino los que eran víctimas de ella. Si hubiera que decidir qué comportamiento es más herético en relación con la doctrina marxista, el de Gorbachov o el de Stalin, creo que no habría duda de que el veredicto caería sobre la cabeza del primero, quien en otro tiempo, no hace mucho, hubiera sido enviado a Siberia por revisionista.

Si la interpretación (y realización) stalinista de las ideas de Marx es la más correcta de todas o no, creo que es una discusión en el fondo irrelevante a la hora de someter a una crítica racional dos de los más costosos errores de la ideología marxista: primero, la idea de que la ideología es falsa conciencia, pero la interpretación de la historia marxista no es ella misma ideología en este sentido sino ciencia, socialismo científico. Segundo, la subvaloración y desprecio de los principios democráticos burgueses basado, justamente, en que estos principios son producto de una ideología que esconde la verdadera realidad. Estos, que no son los únicos ni quizás los peores errores del marxismo, bastan para señalar la conexión no fortuita entre la doctrina originaria y sus posteriores engendros.

En la base de la ideología del marxismo hay, en efecto, una suerte de esquizofrenia. La glorificación que hizo Marx de la ciencia natural de su época es tal vez una de las razones por las cuales muchos de sus complejos análisis de la sociedad industrial están revestidos de tanto rigor y por ende serán de interés para los historiadores de las ciencias sociales por mucho tiempo, independientemente, claro está, de su valor de verdad. Tal vez sea posible decir aun hoy en día que Marx era un genial economista. Como epistemólogo era en todo caso un desastre, pues nunca se le ocurrió preguntar por los criterios que lo asistían para llegar a la fulminante determinación de que ésta o la otra manera de pensar era ideológica (en el sentido de conciencia guiada por intereses subjetivos, de clase, por ejemplo) pero no la suya.

Es posible, en verdad, que haya sido justamente la glorificación de la ciencia natural de su época lo que lo autorizó tácitamente para no emprender la tarea de buscar los criterios mencionados. En ese sentido no sería justo echarle en cara a Marx un error que fue cometido por casi todos sus contemporáneos y que sólo hoy en día parece haberse establecido como error, a saber: la creencia en el carácter absoluto e inamovible de la ciencia natural. Según esta creencia, la ciencia natural se debe establecer algún día como un corpus definitivo y debe describir el mundo tal como es en sí. Lo primero es irrealizable porque la ciencia no progresa acumulativamente (y si progresara acumulativamente, más difícil todavía, porque, ¿cómo saberlo todo si siempre se puede saber algo más?), y lo segundo inverificable, pues supone que hay que abandonar, por así decir, la esfera de la relación entre el que describe el mundo y el mundo descrito por él para poder observar cómo es éste en sí. En todo caso, algo sí ha de achacársele a la rudimentaria y equivocada epistemología marxista: pretender hacer ideología científica.

Crear que la descalificación moral de un sistema social y que la tarea transformadora de un partido político están fundadas en una descripción científica de la historia, que se siguen como consecuencia lógica de un tal estudio científico inamovible, es en el fondo incurrir en el

mismo error de Torquemada: actuar e impartir justicia en nombre de la verdad. Lo más cuestionable en el caso del marxismo es que se trató de una ideología que se jactó de haber hallado el mejor método para criticar ideologías: el descubrimiento de su carácter engañoso y subjetivo, y que dirige su andamiaje científico al análisis de la evolución histórica. En sí misma es ya difícil de aceptar una colisión de principios mayor, es decir, una ideología que no es ideología, sino ciencia, y un análisis de la historia impermeable a su curso. Pero en el caso del marxismo lo es menor aún porque no se trató de un proyecto meramente teórico sino de un evangelio dogmático de dimensiones políticas extremadamente ambiciosas. Puede aceptarse, ciertamente, que un "verdadero marxista" abomine los crímenes de Stalin, pero si él no está en condiciones de revisar el carácter dogmático que hay a la base de la formulación de una ideología científica de la que surge un proyecto de salvación de la humanidad, entonces tendrá que reconocer que no ha provisto a su sistema de creencias políticas de un método para evitar el terror y el asesinato. Su abominación no tiene más valor, en el mejor de los casos, que la de un rechazo de la violencia política basado en un sentimiento pero no fundado racionalmente.

El segundo costoso error del marxismo lo pagaron los regímenes socialistas de Europa oriental con su propia existencia. El marxismo descalificó por completo los valores de la sociedad burguesa. Entre ellos el que más descrédito mereció fue tal vez el del egoísmo e individualismo, pilar, esencia, de la sociedad de clases. Para la ideología socialista las tendencias egoístas e individualistas de los hombres no pueden ser extraídas de su base natural y biológica sino que son producto ideológico de los sistemas sociales fundados en la propiedad privada. Siendo una teoría materialista del hombre y la sociedad no está dotado el marxismo de un andamiaje teórico que le permita comprender las bases materialistas del egoísmo. Nada repudia más al marxismo que un intento de explicación biológico-naturalista de las tendencias humanas hacia la posesión. Esta explicación no es, sin embargo, rechazada por el mar-

xismo por ser una explicación que, suponiendo estuviera autorizada por la ciencia natural, podría ser utilizada ideológicamente para justificar ontológicamente, por así decir, la necesidad de una sociedad de clases basada en la propiedad privada. Su rechazo se debe, más bien, al hecho de que ella es incompatible con el proyecto político comunista, que se guía por radicales ideales colectivizadores. Si fuera científicamente verificable que el hombre es un ser egoísta por naturaleza, igual se opondría el marxismo a esta teoría, sin importarle que este nuevo hallazgo científico podría poner en cuestión toda la base científico-materialista de la teoría marxista. Contra la explicación naturalista del egoísmo el marxismo aludiría contaminación ideológica, algo que para la explicación dialéctico-materialista de la historia, en cambio, no puede ser aplicado. Pero al marxismo nunca se le ocurriría que una teoría, cualquiera que sea, por muy científicamente verificable que sea, puede ser siempre puesta en cuestión y siempre puede ser remplazada por una mejor. A menos que se crea que la ciencia natural puede exhibir sus resultados como si fueran objetos inamovibles de culto, concepto de ciencia que tenía el marxismo y que, como fue insinuado, ha sido bastante rebatido en nuestro siglo.

Así pues, el marxismo no estaría en condiciones de sacrificar su propio concepto de cientificidad al cuestionar el alcance y carácter de una presunta explicación naturalista del egoísmo sino que buscaría desde el primer momento descalificar ideológicamente una tal explicación, sin arriesgarse a medir la flexibilidad de la frontera que separa ciencia e ideología o a aceptar el carácter conjetural de la ciencia natural, que también valdría para sus explicaciones y no sólo para las de sus enemigos. Aquí estamos de nuevo en el asunto anterior. Difícil es no moverse en círculo alrededor de este problema cuando de cuestionar la ideología socialista marxista se trata, dado que él la signó permanentemente: el primitivismo epistemológico del marxismo y las desastrosas consecuencias de su férrea concepción política son dos caras de la misma moneda. No es casual que haya sido Karl Raimund Popper, uno

de los más importantes epistemólogos de este siglo, quien haya dado uno de los golpes más contundentes al edificio teórico marxista y a sus pretensiones de ciencia.

Independientemente de la mencionada deficiencia epistemológica del marxismo, es de notar que en su crítica de los valores burgueses, y especialmente del individualismo, la ideología socialista se tuvo que ver refutada por la crisis interna de las mismas sociedades comunistas. En pocos frentes fue tan lejos la ideología comunista como en el intento de abolir las tendencias egoístas de los hombres por medio de la imposición de modelos de vida colectivistas. El experimento comunista produjo en este campo verdaderas exageraciones, monstruosidades: la falta de consideración respecto de cualquier amago de iniciativa privada, la intromisión en la vida personal, la carencia de un espacio vital íntimo medianamente liberado de las normas impuestas, pero lo peor de todo, el carácter estancado, casi muerto, de su estructura económica y cultural. La represión de la libertad individual en nombre del más grande de los ideales humanos, el colectivismo, no produjo sino adormecimiento y esclerosis.

Cualquiera que sea la base del egoísmo e individualismo humanos, una cosa parece poder ser establecida con bastante seguridad: son el interés personal y la competencia los que dan dinámica y oxígeno a los procesos sociales. Kant, quien para los marxistas es uno de los grandes representantes de eso que ellos llaman ideología burguesa, lo resumió en una fórmula tan conocida como inteligente: "la insociable sociabilidad del hombre" es lo que para él constituye el motor de la cultura. Sin ella serían las naciones apacibles pueblos de pastores. Una situación tal vez menos acelerada que la que conoce la sociedad moderna, pero quién sabe si más feliz o más garantizadora de la supervivencia.

Una confirmación empírica de que el ánimo humano que impulsa la competencia no puede ser reprimido por medio de ideologemas colectivistas la dan los mismos antiguos países comunistas. El egoísmo floreció aberrado en una casta de privilegiados funcionarios del parti-

do; la competitividad halló su válvula de escape en el deporte, único espacio cultural y social en el que era estimulada. ¿Por qué —de nuevo la pregunta— tantos años de adoctrinamiento comunista no pudieron contener un fenómeno de masas movido fundamentalmente por la necesidad de respirar? No hace falta dar una respuesta taxativa; basta sumar observaciones. Un sistema político que requiere de un muro y un campo minado para evitar la evasión de sus ciudadanos, o que envía a sus líderes opositores al psiquiatra es un sistema que nació muerto. Lo que acontece en Europa oriental y en la antigua Unión Soviética desde hace tres años no es más que una eutanasia natural. No es momento para celebraciones de cara a lo que se viene, pero sí para alegrarse de cara a lo que dejó de existir.

II. DEMOCRACIA SIN FUNDAMENTALISMO

Hace pocas semanas los noticieros europeos difundieron un anuncio de Washington en el que los Estados Unidos exhortaban a los países de la Comunidad Económica Europea a apoyar a los numerosos científicos soviéticos involucrados en el programa nuclear de la potencia militar para que éstos, seducidos por el dios dinero, no cayeran "en manos" de aquellos países del llamado tercer mundo interesados en incrementar sus arsenales, y reacios a cooperar con el nuevo orden mundial que, según Bush, ha debido surgir después de la así llamada liberación de Kuwait. El anuncio era explícito en el sentido de que no se consideraba problemático en sí que los cerebros de la industria militar soviética siguieran contribuyendo al florecimiento de la próspera industria armamentista, sino que lo hicieran a favor de Saddam Hussein, o de Gadafi. En otras palabras, no es deseable que Hussein lance una bomba atómica, pero en cambio no es tan grave que lo haga, por ejemplo, el gobierno de Francia. Anuncios semejantes invaden diariamente la prensa mundial y pasan generalmente inadvertidos ante la opinión, en parte porque las campañas norteamericanas de satanización son muy efectivas, y en parte por-

que el público parece abrigar la confianza de que los gobiernos occidentales democráticos serían incapaces de emprender una agresión nuclear.

No hay duda de que, teóricamente, un gobierno que está dispuesto a someter sus acciones a la crítica de un partido de oposición y al control moral de la opinión pública inspira mucha más confianza que uno dispuesto a exterminar la oposición, y que, en ese sentido, no es nada halagüeña la idea de que un personaje como Hussein se halle en posesión de una bomba atómica. Sin embargo, uno de los aspectos más dramáticos de la historia contemporánea es que los países occidentales donde impera la democracia representativa, pero principalmente los Estados Unidos, están lejos de inspirar la confianza mencionada. Prueba de ello es, entre otras, la perversidad del anuncio en cuestión.

El absurdo y terrible forcejeo por el poder que fue la guerra fría creó en occidente una mentalidad belicista y ciega que no deja aún apreciar lo que significa para la humanidad dejar de vivir bajo la amenaza de una conflagración nuclear mundial. Esa mentalidad se puede apreciar en las proclamaciones de George Bush, cuya política exterior —al igual que la de su antecesor— es eminentemente militarista, o en las declaraciones de algunos ideólogos liberales de occidente que siguen frenética y primitivamente aferrados a la polaridad de la posguerra. Tal es el caso del ya mencionado y muy influyente filósofo Popper, quien en una reciente entrevista al semanario alemán *Der Spiegel* utiliza repetidas veces el pronombre personal “nosotros” para referirse a la “civilización occidental” y a los “estados democráticos”. Estos, según él, tienen la misión de conservar la paz así sea haciendo la guerra contra los actuales regímenes totalitarios.

En este uso de la primera persona del plural se halla implícita la misma arrogancia eurocentrista que ha impedido desde siglos la integración entre la cultura colonial europea y aquellos pueblos (“ellos”) que fueron sometidos, y en ocasiones exterminados, por ella. Además de desconocer Popper, con esa forma

soberana de hablar, que uno de los peligros que acechan a Europa hoy en día, y el cual es una potencial amenaza de la sociedad abierta, es el racismo, comete él un error tan o más imperdonable que éste.

En efecto, si una ventaja tenía la democracia occidental sobre los regímenes comunistas es que a este lado de la cortina de hierro no era necesario apelar al pronombre personal “nosotros” para defender una idea o una determinada conducta política. En occidente no había una sola línea política o una sola concepción del mundo sino muchas. Una discusión ideológica entre visitantes occidentales y estudiantes del bloque oriental en la RDA o en Checoslovaquia se caracterizaba anteriormente no sólo por el bajo nivel de estos últimos, sino sobre todo por el irritante uso que ellos hacían de la primera persona del plural. Mientras podía darse muy bien el caso que los visitantes occidentales representaran diferentes concepciones entre sí, el grupo de orientales cerraba filas en torno a poco reflexionados ideologemas, a esquemas conceptuales muy poco elaborados, perlas como: “Nosotros creemos, en cambio, que no es la conciencia la que determina el ser sino el ser el que determina la conciencia”, o “Nuestra juventud, a diferencia de la vuestra, posee una sincera vocación anti-imperialista”, etcétera.

No asiste a Popper ningún criterio racional para identificar por medio de la palabra “nosotros” una suerte de unidad de criterios provenientes del mundo civilizado. Tal unidad de criterios no existe. Un político o el cuadro intelectual de un determinado partido puede, y quizás debe identificarse con las tesis de su agrupación por medio de la expresión “nosotros”, pero no un ideólogo racionalista y democrático cuando se refiere, justamente, a las bondades del pluralismo occidental. Eso es tan esquizofrénico como la pretensión marxista de una ideología absoluta, toda vez que lo que Popper engloba con la expresión mencionada no es el consenso básico que les da legitimidad a las sociedades democráticas sino una determinada y muy controvertida política de relaciones exteriores: el militarismo norteamericano.

Que George Bush se sirva de la abstracta panacea de la democracia y la libertad para emprender una cruzada contra regímenes despóticos tan agresivos como el de Hussein es algo a todas luces inaceptable, simple y llanamente porque es mentira. Para nadie es un secreto que muchos de los blancos de las actuales cruzadas norteamericanas, como Hussein y Noriega, son antiguos aliados de los Estados Unidos; que muchos de ellos, incluso, llegaron al poder y se mantuvieron en él gracias al apoyo norteamericano, y que los arsenales de muchos y muy agresivos regímenes dictatoriales, como Siria y Libia, han sido en buena parte provistos por la industria militar europea. Pero los políticos y los estrategas militares se tienen que ver obligados en ocasiones a mentir, como lo dictaminó genialmente Maquiavelo. El ideólogo, en el viejo sentido de la palabra, el filósofo, tiene, en cambio, el deber de denunciar la mentira. Por eso no se le puede perdonar que la multiplique o la difunda.

La ideología democrática, es decir, la ideología que defiende los principios del consenso básico según el cual pueden compartir el mismo espacio diferentes, y también contrarias estrategias de organización política y social, se enfrenta hoy en día al grave problema de que las acciones económicas y militares de una determinada manera de gobernar están siendo identificadas con ella misma. Esta identificación es altamente peligrosa, toda vez que está siendo llevada a cabo de forma fundamentalista por el partido republicano norteamericano, un partido que pese a haber perdido la credibilidad desde que Nixon acostumbó a la humanidad a sus engaños, se encuentra hoy en día muy fortalecido en los Estados Unidos debido a su triunfalismo y a su política exterior militarista.

Que un partido político pierda credibilidad no es grave en un sistema democrático, pues él se alimenta y vive de la alternación en el poder. Pero que la pérdida de credibilidad de un determinado partido arrastre consigo la credibilidad en el consenso básico que le brinda legitimidad a la democracia moderna es algo desastroso, es algo contra lo que deben estar prevenidos el intelectual y el político hoy qui-

zás más que nunca, dado que se enseñorean en buena parte del mundo sistemas de creencias arbitrarios y cerrados, nacionalismos, teocracias, que se complacen en poner al mismo nivel su carencia de legitimidad con la de los principios democráticos básicos. A la sugerencia de Felipe González en el sentido de que Fidel Castro debería abrir la posibilidad a un gobierno electo en Cuba, éste último respondió que él no veía que fuese tan grave el que su gobierno no requiriese de la legitimidad de las urnas, pues si tal cosa fuese necesaria habría que preguntarse también por el tipo de legitimación electoral que asiste al rey de España.

No quedó claro si Castro quería, con este comentario, relativizar cínicamente la legitimidad de la democracia española, o si se quejaba, más bien, de que su gobierno no estuviera provisto de la dignidad y la majestad que los tradicionalistas confieren a la monarquía. Yo no sabría decir cuál de ambas cosas es peor, o cuál habla más mal de él. Pero tampoco es muy importante decidirlo. Lo cierto es que Castro no sabe (ni puede saberlo, dada su falta de experiencia en estas lides) que no es el rey el que determina el carácter democrático del actual sistema político español sino otras instituciones, entre las cuales se cuenta el sufragio universal. Si a alguien, independientemente de la controvertida necesidad de mantener una monarquía, se le ocurriera argüir que la monarquía española es esencial al régimen democrático, definitoria de él, estaría automáticamente haciendo de un comentario tonto como el mencionado, una observación fina y justificada. Pero no creo que haya alguien con idea de lo que es una institución democrática que se haga responsable de un disparate semejante.

El principio democrático básico no es un principio que ha de ser defendido absoluta y monolíticamente, pues éste consiste en buscar formas de convivencia entre elementos relativos, entre relacionados, entre asociados. Más que de un principio que se funda absolutamente a sí mismo, se trata de la mejor manera encontrada por el hombre hasta ahora para coordinar y reglamentar la vida humana conforme a la única posible forma de existir: la vida en comunidad. Es como el lenguaje: no es necesario

tener que investigar los principios sobre los que se funda como medio de comunicación, para saber que se trata del medio consensual que hace posible la comunicación. La vida colectiva sin embargo, no puede ser ordenada y administrada de tal forma que descabece las fuerzas creadoras individuales. Al igual que con la lengua, no se le puede imponer a los individuos una única y determinada forma de hablar o escribir. Basta con que éstos respeten las reglas según las cuales se organiza el sistema consensual básico, para que puedan crear en adelante todo lo que quieran.

Lo único que no tolera un sistema consensual básico es el cuestionamiento de su principio interno de organización para alcanzar los fines que le dan razón de ser. Así, por ejemplo, si alguien quisiera poner en cuestión la base consensual de la comunicación que es el lenguaje, aludiendo estar en posesión de un más adecuado sistema de comunicación, pagaría, necesariamente, su insensatez con su propia incomunicación, a menos que resolviera someter su propuesta a las mínimas reglas del sistema básico consensual que la harían comunicable. Pero entonces esto supondría la aceptación de los principios básicos consensuales. Desde que Ludwig Wittgenstein demostró la imposibilidad de un lenguaje privado se podría perfectamente afirmar que cualquier hipótesis, según la cual se quiera hacer prevalecer arbitrariamente un elemento individual de un sistema de relaciones, como si se tratara de algo absoluto, es algo semejante a un escorpión que se muerde la cola. Era en el fondo lo que quería subrayar Voltaire cuando se auto-proclamaba irónicamente como "fanático de la tolerancia": lo único que no puede tolerar una organización fundada en la tolerancia es la intolerancia. La posición intolerante pierde en sí misma su razón de ser en el sistema tolerante.

"La insociable sociabilidad del hombre"; la fórmula designa las dos fuerzas que deben mantener en equilibrio dinámico un sistema social. Por una parte la fuerza centrífuga que mueve al individuo a crear y a elevar la cabeza por encima de la multitud, y por otra la fuerza centrípeta que lo impulsa a buscar formas de relación con los otros que no atenten contra su

supervivencia. Todo sistema social es, en el fondo, un estado relativo de equilibrio entre estas dos fuerzas. De ahí que haya un mínimo de condiciones para conservar el equilibrio relativo de una situación social que tiene que ser conforme a un mutuo reglamento de estos dos principios. Cuando las condiciones mínimas que mantienen el sistema social en equilibrio no se cumplen, cuando los límites de tolerancia de la en ocasiones frágil estabilidad social son transgredidos, entonces sobreviene el colapso y el caos.

La predominancia forzada del principio de la sociabilidad sobre el de la insociabilidad conduce al estancamiento del sistema social. No hay, salvo casos muy excepcionales, motivaciones de la acción individual de orientación única y exclusivamente altruista. Una sociedad conformada por individuos como sor Teresa de Calcuta o Gandhi perecería por adormecimiento. No sería, por lo demás, posible, dado que en un mundo de sólo altruistas dejaría de tener razón de ser el altruismo.

La predominancia del principio de la insociabilidad sobre el de la sociabilidad conduciría a un no menor autodevoramiento del sistema social. Basta imaginarse, por ejemplo, un sistema social donde todos los funcionarios públicos hagan uso personal de las contribuciones económicas de los individuos que, por un principio de elemental racionalidad, deben ser reinvertidas en bienes de uso público, para que se aparezca a la imaginación un desastroso derrumbamiento del equilibrio comunitario. El egoísmo requiere, ciertamente, de un permanente control social. Ahora bien, si este control social no es acompañado por uno individual, las consecuencias serán también desastrosas para el equilibrio social porque a menor falta de mecanismos individuales de control del principio de la insociabilidad, mayor necesidad de reforzar las medidas de control provenientes del principio de sociabilidad, lo cual puede llevar, nuevamente, al desequilibrio.

No hay que ser sor Teresa de Calcuta para darse cuenta de que es necesario un principio de control individual sobre el egoísmo. El inte-

rés personal hacia la supervivencia es, en el fondo, ese principio. Es decir, se trata de algo de origen egoísta pero egoísta moderado, es decir, altruista, pero altruista interesado.

Las actuales investigaciones sociobiológicas y etológicas están empeñadas en desenredar la maraña de la sociabilidad humana construida, por así decir, por estos dos principios. No es importante, en el presente contexto, tener claridad sobre cuál de los dos principios rige, biológicamente hablando, al otro. La metáfora del huevo y la gallina es suficiente para subrayar cuán acertada es la fórmula kantiana. Soy de la opinión de que la mejor, más viable y razonable ideología política es la que propugna por sistemas de organización comunitaria en lo que sea claro que tanto individual como institucionalmente ha de ejercerse un control para que ninguno de los principios mencionados predomine sobre el otro, pues un tal predominio lleva al sistema social a su autodevoramiento.

Evitar el autodevoramiento. Esa es en el fondo la mínima condición de racionalidad de la que está provista la ideología democrática. Ella defiende una determinada forma de conservación del consenso colectivo, la cual, con todas sus imperfecciones, ha podido ser establecida históricamente. Optimo fuera que esa forma de defensa del consenso básico dejara de tener los problemas de legitimación que a ella le plantean las ideologías que buscan la manera perfecta e ideal de convivencia humana para que el hombre, sobre la base del mencionado consenso, se ocupara de resolver problemas más apremiantes.

El hambre, la falta de democratización de la salud y la educación y el desequilibrio ambiental a los que está conduciendo la sociedad moderna son, por ejemplo, problemas apremiantes que podrían ser resueltos hoy en día técnica y administrativamente, sin necesidad de proponer una utopía que remplace las formas institucionales democráticas existentes y siempre susceptibles de ser mejoradas.

No hay un ideal socialista hacia el cual se dirija la actual civilización, como sostiene Gor-

bachov en el artículo arriba mencionado. En ese punto sigue cometiendo el ex líder socialista democrático el mismo error del marxismo al creer que a la historia humana, determinada indefectiblemente por la mortal lucha de clases, la anima en última instancia el efluvio teleológico del ideal de un mundo comunitario perfecto. La subsistencia de un sistema social está determinada por su capacidad de mantener en un equilibrio dinámico las múltiples fuerzas centrífugas que lo conforman y la dirección centrípeta hacia la que deben orientarse dichas fuerzas.

Los sistemas democráticos modernos han alcanzado dicha estabilidad dinámica y relativa. Eso le ha costado al hombre duros, sufridos años de aprendizaje. Creer que se pueden borrar de un plumazo dichas experiencias para empezar de nuevo es otro de los grandes errores de la ideología mesiánica del cambio social radical. Ahora bien, este error también lo podrían estar cometiendo los partidarios del experimento económico neoliberal si se olvida que el entusiasmo por los totalitarismos en los años treinta estuvo en Europa íntimamente ligado a las catastróficas condiciones de desequilibrio a las que llevaron las fuerzas desbocadas, es decir, no controladas social y estatalmente, de la economía de mercado.

Pero un determinado experimento económico, puesto en marcha gracias a la existencia de un determinado esquema político, no es identificable, por suerte, con la base consensual que le dio legitimidad temporal a ese esquema político y que se la puede volver a quitar en cualquier momento. Sólo que los experimentos políticos y económicos que fracasan son cada día más costosos porque el hombre se ha multiplicado sobremanera y con él sus necesidades y problemas, pero sobre todo se han multiplicado, se han tecnificado altamente los medios con los cuales se podría sacar el sistema social y la estabilidad mundial de su siempre relativa situación de equilibrio.

¿Es quizá legítimo que la ideología insista en ser la más autorizada para defender los principios del consenso básico que hace posible la dinámica y el bienestar sociales haciendo caso

omiso de fenómenos tan determinantes en la vida política como la búsqueda, la sorda búsqueda del poder? Aquí se podría criticar, ciertamente, al ideólogo democrático por ingenuo. Yo no veo, sin embargo, que una ideología que defiende como única forma posible de evolución social la guerra civil sea menos ingenua que una que vela por el establecimiento de situaciones de equilibrio.

Cuando el humanista Albert Einstein invitó a Freud a formar parte del grupo de intelectuales que deberían promover acciones internacionales contra el nazismo y a favor de la paz mundial, recibió como respuesta negativa una suerte de documento titulado "¿Por qué la guerra?", en el que el fundador del psicoanálisis defendía, poco más o menos, la tesis de que la guerra es una "necesidad biológica del hombre". No veo, francamente, que una tesis semejante sea menos ingenua que los intentos pacifistas de Einstein. Muchos intelectuales europeos se pronunciaron al comienzo de los años ochenta a favor del armamentismo como única forma de controlar las pretensiones imperialistas de la Unión Soviética. No veo que fuesen menos ingenuos que los miles de ciudadanos que se manifestaban en la misma época en contra del emplazamiento de misiles. Si hay una diferencia entre ambas posiciones no es la que hace referencia a la ingenuidad o no

ingenuidad sino al ostensible hecho de que los últimos terminaron teniendo la razón; pues no fue la política de tensión nuclear del oeste sino la de distensión del este la que puso fin a la amenaza de una guerra atómica en Europa. Popper está a favor de la cruzada militarista contra el fundamentalismo árabe. ¿Es menos ingenuo esto que una política de distensión con esos países? Yo no lo creo.

En lugar de ofrecer recomendaciones estratégico-militares, o de renunciar con nihilismo a tomar una posición política, creo que el intelectual tiene la función de criticar y de crear ideologías. En ese orden de ideas ha sido defendida en este papel la ideología democrática como única base legítima para garantizar la existencia de un consenso comunitario estable. Y esto sin desconocer que al intelectual le pasa lo que, según Hegel, le pasa a la filosofía: que, como el ave de Minerva, siempre alza el vuelo al atardecer.

Puesto que ese atardecer puede ser el de la humanidad misma, me parece todo lo contrario a ingenuo el punto de vista ideológico que defiende la racionalidad y legitimidad de la democracia en contra de las políticas militaristas que están incendiando el mundo en su nombre. Así éstas vayan más rápido que la reflexión.